al poeta, al hombre de mañana... A todos les hablará del vivir, de la brega interior, de alivios y milagros, de trabajos, de España, del buen amor, del miedo, de la santa palabra...

¿Qué puede ser más interesante para el hombre que el hombre mismo? Pero no existe un hombre solo como tal, disociado de los otros ni del fondo común de su progenie, de la intrahistoria, de la Historia y de la Naturaleza. De ahí también que la obra de Garciasol contenga verdaderos cuadros de ese mundo «natural», y que son además espejos poemáticos.

Queremos detenernos ahora en un libro que nos ha impresionado especialmente por su particular intensidad: *Memoria amarga de la paz de España* (1978). En él, Ramón de Garciasol no expurga recuerdos de un ayer español doloroso, sino que saca a luz poemas nacidos y escritos al calor de la experiencia misma, que guardaba con fechas precisas (datan de 1956 a 1977) —«medio siglo de llanto hasta las cejas» («Fantasía de la perrera»)— y no publicados antes por obvios motivos de censura. El poeta, al editarlos, parece que quiso cerrar para siempre ese pasado, liberándose de su carga trágica. Libro que, por otra parte, además de personal, es testimonio colectivo de un tiempo aciago, válido para muchos hombres, al ser fiel exponente de una época histórica. Libro que asume valores de catarsis en su triple acepción: purificación del alma y del espíritu, expulsión casi física de todos los rencores y eliminación también de memorias que perturban el ánimo y la conciencia. De aquí su significación moral, por muy desagradable que parezca a algunos la lectura de ciertos poemas. Pero la catarsis también alcanza al lector, si éste es español: al revivir tristes días pasados, la historia y la intrahistoria españolas de posguerra se alzan para todos como un gran retablo moralizador, cuyos buenos y malos ejemplos no excluyen a nadie.

Desde sus primeras páginas —encabezadas por un prólogo autojustificador que el poeta titula «palabras, palabras, palabras...»—, el libro está empapado de pasión española, con cuanto ella significa de justicia e injusticia, de cólera y de orgullo, de desprecio y de piedad, de dolor y de humano sentimiento. Pasión, además, reprimida y, por tanto, acrecentada por el tiempo. Pasión que se derrama en 83 poemas que, en realidad, no son más que uno solo, pues aunque se fragmentan en sonetos, romances y composiciones endecasilábicas de variada estructura y extensión, mantienen siempre la unidad temática: la vida de un poeta en «exilio interior» —«desterrado en mi Patria» («Diecinueve años»)—, asediado por todas las furias de una España amarga. Cuando el lector llega a su fin, tras meditar unos instantes, su conclusión es ésta: ni los que salieron de España lo dijeron todo —pues, si lo dijeron, nadie les oía dentro de ella—, ni tampoco los que se quedaron podían decir mucho. El testimonio de lo no dicho —o no publicado— sale a luz en un libro como éste de Garciasol. Y continuará saliendo en otros, seguramente. La historia interior —espiritual— de España tiene aún mucho que revelar, aunque molesten tales revelaciones —«resentimientos» las llamarán algunos favorecidos del franquismo—, muy necesarias y humanas, por otra parte, si hemos de asumir y «reconstruir» la Historia íntima de la Patria escindida durante cuarenta años. Y la historia de la Poesía nacional.

Memoria amarga de la paz de España es, sí, un libro testimonial que hay que leer con atención y respeto. Libro que habrá que situar en la misma línea de pensamiento —y de sentimiento— del Quevedo satírico, del Unamuno del *Romancero del destierro*, de Miguel Hernández de *Viento del pueblo*. Sus vetas de crítica esperpéntica, obviamente, se relacionan con Goya y Valle Inclán. Su contenido moral, a través de algunas imágenes, se interrelaciona con Jorge Manrique, Cervantes y Antonio Machado. Libro, pues, que entronca con la más auténtica tradición española, sin dejar de ser actualísimo por su temática, su vocabulario y su angustia temporal. Garciasol, muchas veces, repristina expresiones cervantinas, quevedianas, unamunescas y miguelhernandianas, dotándolas de nueva y robusta contemporaneidad.

La acerba crítica, la encendida pasión moralizadora, el descontento, la repugnancia, el dolor profundo que contienen estos poemas, obligan al poeta a la creación de impresionantes hipérboles, de poderosas deshumanizaciones, y al frecuente uso de vulgarismos y de expresiones cacosemánticas —¡entrañables «tacos» existenciales, iracundos, ibéricos siempre!— que disgustarán a los exquisitos, pero que muchos comprenderán y aceptarán como justa y viril indignación ante el drama español y del mundo.

El libro se abre con tres odas a España, concebida como madre ante Dios, cantada con ternura en su flora castellana: «Te besaría hierba a hierba, nido / a nido, rama a rama, hoja a hoja». Es una España amada con desesperación, a pesar de ser «amarga» y estar «rota». Los muertos nutren las espigas de su pan... A pesar de todo, la canta con «amor de perfección».

En otros poemas, la antropología española se presenta con variantes contrastadas, en fuerte claroscuro de buenos y de malos, de vencedores y de vencidos. Solamente los sueños «estercolan» los barbechos (en imagen miguelhernandiana). La amargura vuelve a los hombres «vinagre rutinario». El lobo, por dentro, muerde las entrañas. Analfabetos pontificantes, mendigos, humillados y ofendidos, Cervantes... desfilan por estos poemas casi corrosivos. Y un primero de mayo, una contramarcha triunfal, el cementerio del Este..., con su tristeza, con su poco de esperanza...

Especialmente notable es el «Autorretrato» —de ascendencia antonio-

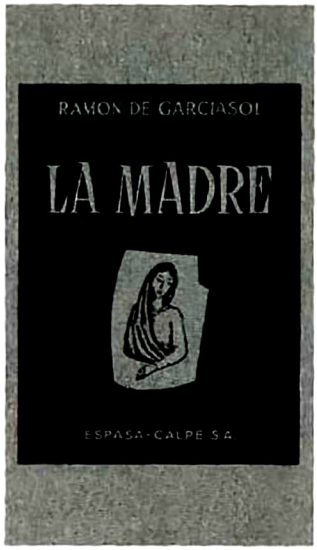
machadiana— que Garciasol traza de sí mismo. Autorretrato que es también autobiografía, al pormenorizar sus orígenes familiares y demás datos autobiográficos. Sarcasmo y humor, en otros poemas, continuarán el autorretrato y la autobiografía, con directa participación de madre, padre y esposa.

El tema de la palabra —palabra española— le preocupa también y le autodefine: «¡Cómo ardes, enrabietada España, en mi palabra!», «Rujo en el verbo rabia de Altamira...». En «Notaría del tiempo», niega que sus versos nazcan del rencor, sino del «dolorido sentir» garcilasiano. Poemas, si no lacrimosos ni sentimentales, plenos de llanto auténtico. «¿Qué más quieres, España?» constata el «destierro interior» no sólo del poeta sino de sus amigos, cuyos nombres menciona en testimonio ante el hombre del futuro. Parábolas, fantasías y poemas de largo aliento se entremezclan con sonetos, romances y algún poemilla de corte popular. En todos ellos, endecasílabos blancos y aconsonantados, octosílabos y heptasílabos, versos cortos de pie quebrado, consonancias y asonancias, monoasonancias monocordes, verso a verso.

La hondura conceptual se une al sentimiento en poemas como «Confesión al hijo». En el «Romance testamentario, 1», el poeta anima al trabajo y a la salvación por la obra (como Unamuno): «No perdáis el tiempo: la Historia / en obras de amor cimenta». España se le encona en el «Romance testamentario, 4». El tema del miedo —tan de nuestra época— le inspira algún poema.

El inquietante entorno extranjero —la Historia externa e internacional— se asoma en «Norman Morrison», «Hermano Negro», «Notaría del tiempo», «Vergüenza de ser hombre», «Salmodia por Martín Lutero King» y los poemas dedicados a Napoleón (de indudable significación simbólica).

El libro se cierra con el soneto «Grabado en sangre» —dedicado a España—, en que hace suyo un verso de Antonio Machado y otro de Quevedo, en abrazo secular: «Queridísima Patria desgraciada [...]». Pero el lector prefiere terminarlo —creemos— con el



terceto final de «Mordido por España», poema en que el poeta manifiesta su ansia de paz:

> Tengo sed de verdad, rabio de gana
> de convivir sin duelo, Dios, hambriento
> de que florezca paz una mañana.

El contenido testimonial de esta obra grita, sangra, duele y quema, pero —al airear viejas heridas— augura curación y esperanza de paz última. Ramón de Garciasol confirma con este libro, una vez más y con creces, cuánto vale su poesía, vigorosa, auténtica y siempre humana.

Humanismo y amor amargo se entretejen —y entreviven— en larga y honda vena, en el transcurrir poético de Miguel Alonso Calvo, nacido en Humanes de Mohernando, en tierras de La Alcarria donde roca, hierbas y florecillas conviven hermanadas, fructificando en dorada miel dulcísima.

Ramón de Garciasol, poeta ejemplar

Leopoldo de Luis

Estamos hablando de un escritor que nació el 29 de septiembre de 1913 y que se llama Miguel. En su prólogo a una antología de este poeta, Antonio Buero Vallejo hacía la observación de estas coincidencias: otro 29 de septiembre, el de 1547, nació un Miguel: Cervantes; otro 29 de septiembre de 1864, nació asimismo un Miguel: Unamuno. Además, el Miguel del que hablamos se llama Alonso, como Don Quijote. Sus ojos vieron discurrir las aguas del Henares, como los del autor del gran libro español.

Al correr de los años, Miguel Alonso (Ramón de Garciasol) dedicará sendos libros a los otros dos Migueles. Su talante intelectual y moral no anda lejos de sus homónimos, dos Migueles que son, por cierto, de los cuatro que cita don Antonio Machado como grandes de España, juntamente con Miguel de Molinos y Miguel Servet. Añadiríamos nosotros hoy a Miguel Hernández y a este Miguel Alonso que ha embozado su nombre con el de Ramón de Garciasol.

Como sigo creyendo en la utilidad del método de las generaciones, creo que debe encuadrarse a Garciasol en la primera de postguerra. Cronológicamente, pertenece a la del 36, pero la generación del 36 presenta un conflicto: los rasgos que la caracterizan antes del tajo cruento se modifican posteriormente y aparecen escindidos en el continuismo garcilasista y la rehumanización preocupada. Miguel Alonso publica poco antes de la guerra civil; también en el lapso 36-39, pero es en los años de postguerra cuando produce su gran obra con marcas personalísimas y significativas.

Ni una guerra pasa sin daño sobre una generación, ni una represión la puede dejar indiferente, máxime cuando no la deja inmune. Garciasol es un adelantado de la poesía de queja y tes-

timonio que va a lanzar su protesta en aquellos lustros. Contribuye como pocos al cambio de actitud que presenta el panorama poético español y que, aun cuando no es éste el momento adecuado para diseñarlo, puede resumirse en dos puntos esenciales: la superación de la lírica pura —herencia juanramoniana— y el predominio de valores éticos —consecuencia de la rehumanización. El poeta se pone fuera de sí: abandona refugios intimistas, deja caer las torres de marfil y sale a participar de la realidad exterior, acude a comprometerse con esa realidad que clama en nombre de quienes aspiran a la libertad y a la justicia.

Para un poeta como Garciasol, la poesía no es sólo creación de belleza, sino que participa de valores morales. Se renuncia a juegos meramente estéticos, aunque se admire la estética que no se olvida, pero que no debe cegar la nueva visión. En esa comprensión de la poesía, este poeta se adelanta a todos. Hoy podrán los historiadores de una época que no vivieron, inclinar sus preferencias por unos u otros nombres, pero sólo ignorancia puede omitir la absoluta prioridad de un poema que abre camino, ya en 1942, y que se titula «Quejas a Rubén Darío». Garciasol admira al gran padre del Modernismo; ha estudiado su obra. Sin embargo, el nuevo compromiso poético le lleva a enfrentarse con él, porque su rigor y su conciencia le hacen exigir una renuncia a lujos verbales, a sensualidades y bellezas, para preocuparse más por los problemas de la condición humana. Cuando una sociedad impide el acceso de la persona a su libertad, está degradándola. Ese es el gran tema del poeta humanista que es Garciasol. *Defensa del hombre* lleva por título su primer libro, máximamente significativo y fundamental en la poesía española de su tiempo.

Toda una época de la vida española queda contemplada a esa luz moral. Por eso, muchos de los títulos de Garciasol reflejan una intención constatadora, tienden a dejar constancia. *Poemas testamentarios, Palabras mayores, Apelación al tiempo, Correo para la muerte, Notaría del tiempo, Memoria amarga de la paz de España, Testimonio de la palabra*... Estos títulos, ¿son nombres de libros o son designios, mandas irrenunciables?

Pero digamos que si en Garciasol hay un poeta civil, hay también un poeta lírico de delicados matices. *Canciones, A mi son, Fuente serena*, libros enteramente dedicados a la canción, al romancillo, están plenos de frescura y de gracia. Sus características son amor al paisaje, gusto en la contemplación de las cosas menudas y bellas de la naturaleza. Por conjugar ambas actitudes son tan profundos sus poemas a España, que cantan la hermosura de sus paisajes sin olvidar su versión historicista. Desde el 98, ningún poeta ha cantado a España con tan entrañable acento. *Tierras de España, Poemas de andar España, Del amor y del camino, Recado de El Escorial*, son algunos de sus volúmenes, entre otros, de grave amor español. Hay una colección de sonetos: «Sonetos de Burgohondo» —el pueblecito en el corazón de la sierra de Gredos— que nos incita a pensar cómo para Garciasol toda España es burgohondo, aldea profunda, mirada que cala y profundiza.

Al aludir al 98 y a España, hay que referirse al hombre de cultura que Garciasol es. Verdadero humanista, es un escritor de pensamiento filosófico cuyo saber deja pasmado. Pocos escritores, pocos poetas de una cultura tan bien fundada. No tendríamos tiempo para examinar ni a medias su obra en prosa, pero sí quiero afirmar que Garciasol es el escritor más completo de su generación. Si no estuviésemos en un país donde todo se mueve por resortes harto confusos, habría recibido ya honores y recompensas que se le regatean. Ahí está la Academia, a la que debería pertenecer. Ahí está el Premio de las Letras Españolas, que merece como pocos. Pero este es un acto de satisfacción y no de quejas, aunque sean razonables. Voy a volver a la poesía.

En 1984, publicó Garciasol un libro que antes cité: *Testimonio de la palabra*, que puede servir de síntesis paradigmática de su obra. Durante casi treinta años, desde 1958, escribió el poeta una especie de diario en ochocientos sonetos. El resultado es una asombrosa lección de fe en la obra, de amor por la poesía, de entrega espiritual. Se recogen en estos sonetos emociones y reacciones diarias frente al mundo exterior o desde el mundo interior. El poeta responde a toda compulsión con un soneto hondo y grave. Yo lo comparo con aquel *Diario poético* que Unamuno dejó inédito a su muerte. Los sonetos de Garciasol, que por sí mismos y en atención a sus peculiaridades formales ya merecerían un atento estudio, son fluidos y sobrios, sin barroquismos, sin artificiosidades. En un mundo de urgencias, Garciasol requiere la calma necesaria para que el suceso se haga poesía. En un mundo de frivolidades, Garciasol encuentra la trascendencia honda de la meditación lírica. En un mundo de competencias despiadadas, Garciasol escribe para sí, en silencio y dejando pasar al competidor que va en busca de un triunfo egoísta. En un mundo de «a cumplir como sea» y «al avío», Garciasol escribe para cumplir consigo mismo, con la exigencia íntima de su conciencia. En un mundo de chapuza y desorden, Garciasol se impone al orden del más estricto rigor formal. En un mundo de gritos y estridencias, Garciasol adopta la armonía clásica de los catorce endecasílabos. Y ya a la altura de su edad, Garciasol alza su canto de amor al trabajo poético, su afán de poner en claro la comprensión del vivir, su fe en la inteligencia y en la cultura, como bienes que se salvarán, por encima de todo, que iluminarán en todo caso.

Asombroso este libro singular, *Testimonio de la palabra*, del que transcribo una de las últimas piezas:

Aún estoy. Enciendo y me peleo
con el ritmo interior para que diga
mejor lo que me llama y me religa
al pulso de los astros, me recreo

en el hacer diario humildemente,
y me indigno, declaro mi protesta
contra el mal y disfruto por la fiesta
con los míos que plantan la simiente

que se recogerá, tendrá su día.
De las honestas cosas me acompaño,
en esperar con todos, la porfía

por el hombre que lucha, el arco tensa:
No prevalecerá por siempre el daño
ni se pondrá jamás la luz que piensa.

No. No se pondrá la luz que piensa, como no se pondrá la luz de esta hermosa, grave y humanísima poesía que nuestro gran poeta ha creado.

Retrato por Buero Vallejo, 1933

Ramón-Miguel

Manuel Carrión

Confieso que en mi amistad con Miguel, siempre fresca y de fácil aliño como comida de caminante, hay un chorretón de cariño fraterno, un chorro de admiración literaria y unos granos de humilde devoción. Con todo esto, que me viene de mi condición de hombre humanamente afín, de mi circunstancia de profesor un tiempo y de mis ganas de aprender siempre, no creo justificarme de haberme dejado honrar contribuyendo alborozado a este homenaje, pero, cuando menos, me enjugo en sonrojo.

Es Garciasol hombre nada implícito, por voz («¿Callaré alguna vez antes de muerto?» —soneto 772 de *TP*—) y por humor y, aun siéndolo por vocación y por exceso de alma, escritor de harto oficio, es decir, experto y dominador del barro con que modela, capaz de faenar sin nubes y de mirarse los dedos mientras trabaja. Con todo —y aunque todavía queda mucho por decir de él y a su propósito— no es poco lo que está dicho, más allá de esa confesión —autorretrato a la manera cervantina— que él nos hace en su *Antología provisional* (1967), junto con una profesión de fe poética que hallará continuación detenida, densa y acaso anubarrada en las páginas que introducen su gran *Testimonio de la palabra* (1984). Buero Vallejo, presentando la *Segunda selección de mis poemas* (1980) ha visto a Garciasol desde Miguel Alonso; Alberto Sánchez, introduciendo *Diario de un trabajador* (1983), ha conseguido que el amigo dejase libre al profesor; Manuel Mantero, en su *Poetas españoles de postguerra* (1986) ha entreabierto un camino que habrá de ser muy transitado. Y, entre tanto, las páginas de Leopoldo de Luis, de José Luis Cano, de Fernández Almagro, de Dámaso Santos, de J.G. Manrique de Lara, de Torrente Ballester...

Con el *Panorama* de Torrente Ballester de la mano y armado de media docena de libros del poeta —que iban de *Defensa del hombre* (1950) hasta *Poemas de andar España* (1962), pasando por *Palabras mayores* (1952), *Tierras de España* (1955), *La madre* (1958) y *Sangre de par en par* (1960)— nos presentábamos Garciasol y yo a comienzos de los sesenta, ante mis alumnos de literatura para una convivencia de varios meses. De *aquellas clases* llegó hasta brotar la idea de un libro sobre —¿cómo no?— la poesía social. En todo caso, fueron el comienzo de una fiel amistad («Siempre te ha sido, rector —de Salamanca, leal...») con Garciasol, antes de llegar a Miguel Alonso.

Pensaba yo entonces —sin que ni el mayor conocimiento ni el viento de la moda me hayan hecho mudar el pensamiento— que es la poesía casa con varias puertas, muchas ventanas y algún postigo («En la poesía —como en la vida, queridos bárbaros— cabemos todos»), con multitud de posibles estancias entre la secreta hondura de la cueva o bodega y el vuelo breve del humo en la chimenea. Pero pensaba yo también que hay poesía de creación, poesía pura o poesía esencial (esa poesía re-veladora de lo sustentante, de esa cuarta dimensión de la que vuelve a hablarse con el descubrimiento de la obra de ese filósofo de la cultura de Jean Gelser, cuya laboriosa y fulgurante consecución había creído ver descrita en los escritos de Maritain y sobre todo en «los senderos de leñador» de Heidegger); poesía de expresión o poesía comunicadora de la Vida, las cosas, los sentimientos y otras impurezas (la «palabra en el tiempo» y los «universales del sentimiento» de que habla A. Machado) y, en fin,